CAPÍTULO VIII

El árbol de la vida y sus preciosos frutos.

I

La condición del verdadero cristiano en este mundo, es la de un peregrino que se dirige á su Patria, condición verdaderamente trabajosa, y en el camino que anda diariamente, tiene que sufrir toda suerte de penalidades; el trabajo, la angustia y el dolor, caminan juntamente con él. ¡Cuántos sinsabores y amarguras tiene que devorar! San Pablo decía lo siguiente: "Suspiramos deseando la sobrevestidura del ropaje de gloria, ó nuestra habitación del cielo... Mientras nos hallamos en este cuerpo, que es como una tienda de campaña, gemimos agobiados por su peso... Estamos distantes del Señor y fuera de nuestra Patria; caminamos hacia Él por la fe, y no le vemos todavía claramen-

te„ (1). David dirigiéndose al Señor le decía que oyera su oración y atendiese á sus lágrimas, pues estaba delante de su Majestad como un advenedizo y peregrino, como todos sus padres (2).

Es la vida para todos los hijos de Adán, un valle de lágrimas, un desierto que tienen que atravesar sin refrigerio ni consuelo, si no vuelven sus miradas á Jesús, si en Él no tienen su esperanza, si Jesús no se les presenta como el árbol de la vida, y los cobija y refrigera con su sombra bienhechora. En cuanto á nosotros, creemos en Él, Él es nuestra esperanza y todo el amor de nuestras almas; en Él hemos hallado el árbol de la vida. Dícenos San Juan en el Apocalipsis, que "vió un río de agua que da la vida, claro como un cristal, que manaba del solio de Dios y del Cordero, y en medio de la plaza de la santa ciudad, y de una y otra parte del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada uno el suyo, y las hojas del árbol son para la salud de las gentes„ (3). También aquí en el mundo, en la Iglesia católica, existe ese árbol de vida, y asimismo produce para nosotros frutos de salud eterna, porque tenemos á Jesús, porque está con nosotros su amoroso y dulce Corazón, del cual sin cesar están manando todos nuestros bienes. Felices

---

(1) II Cor., V, 2-7.
(2) Psalm. XXXVIII, 13.
(3) XXII, 1-2.

mil veces nosotros, si no tan sólo durante las horas de cansancio y de fatiga descansamos bajo la sombra de ese árbol divino, sino mientras dure nuestra vida. Como la Esposa santa, gustaremos los dulcísimos frutos del amor de nuestro Amado.

Los frutos de ese árbol de vida, son los siguientes: la pureza del alma, el desprecio de los bienes temporales, el descanso y la quietud de los deseos del corazón, el recato y la modestia en nuestras palabras, la elevación de nuestros pensamientos, los ardientes suspiros por los bienes celestiales, la solicitud en el ejercicio de las virtudes, la santidad de nuestras obras, el sufrimiento en las adversidades, el recogimiento del corazón, la unión y concordia de nuestras voluntades y la transformación en Dios (1). Digamos siquiera una palabra acerca de cada uno de estos frutos.

La pureza del alma; he aquí el primero de esos frutos de que acabamos de hablar. Jesús engendra en nuestras almas la pureza. "Él es el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes—dijo un Profeta,—y éste es el bien que de Él nos viene y la hermosura que nos comunica„ (2). "Él es - decía San Ignacio, mártir,—la medicina que da vida eterna, antídoto contra la muerte, remedio que sana y purifica de los vicios y expele todo mal„.

(1) Alvar. de Paz, ap. Alápide, hic.
(2) Zach., IX, 17.

Jesús es la flor del campo y la azucena de los valles, y sin Él no hay pureza ninguna en nuestras almas; y ¿esto por qué? Porque todos hemos sido por naturaleza hijos de ira, y la que fué preservada de toda deuda y culpa original, lo fué por los méritos previstos de su Hijo divino, y alcanzó una redención tan admirable y sublime como enteramente singular.

Lo que acabamos de decir, nos manifiesta que la bellísima luz de la pureza de Jesucristo se acerca á nosotros, disipando las tinieblas del pecado; mas, respecto de María, esa luz previene su creación; esto es: impide que las tinieblas se le acerquen, y hace que venga á la existencia entre los bellos resplandores de la gracia, y que esa purísima criatura, tan amada de Dios desde la misma eternidad, sea luz y siempre lo haya sido delante del Eterno.

No, no olvidamos el objeto del presente capítulo al pensar un instante siquiera en María, ya que Ella es el más precioso y delicado fruto de la pureza de Jesús, y ya que Ella nos enseña de qué manera hemos de descansar á la sombra del árbol de la vida, y cómo los frutos de ese árbol serán para nosotros de salud eterna. ¿Queréis conocerlo? Pues poned los ojos en Ella, y pensad que fué purísima y sin mancha, y tesoro de toda castidad, porque Dios la previno con su gracia y derramó en Ella con espléndida largueza la santidad de todas las virtudes, y quiso enriquecerla con todas sus gracias. Fué purísima, porque siempre fué dócil y

obediente á las inspiraciones del Señor que aumentaba en Ella á cada instante sus dones celestiales. Fué purísima, porque siempre pensaba en su Jesús querido, é imitaba con admirable y santa perfección los ejemplos de su Hijo. He ahí cómo María nos enseña á ocuparnos siempre en el gran pensamiento de nuestro amadísimo Jesús, y á aprender en sus santísimos ejemplos la práctica de las más elevadas virtudes, y entre éstas, su pureza celestial.

¿De dónde al divino Jesús tanta pureza? De su mismo origen. Como Hijo de Dios vivo fué engendrado en los resplandores de la santidad, y todo lo recibe de su Padre; es el Verbo de Dios, sabiduría infinita y luz de indeficiente y eterna claridad. Esa palabra, inmutable y eterna, tiene en sí misma una pureza infinita, porque es la verdad, y nada hay más puro que ésta.

Esa sabiduría de que hablamos, siendo, como es, una exhalación de la virtud de Dios, ó como una pura emanación de la gloria del Dios Omnipotente, no admite en sí misma mancha ninguna, como que es el resplandor de la Luz eterna, y espejo sin mancilla de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad. Esa sabiduría es más hermosa que el sol, y sobrepuja á todo el orden de las estrellas (1).

Es también el Hijo de Dios, luz de luz, indeficiente y hermosa, y en Él no hay tinieblas

(1) Sap., VII, 25-29.

ninguna. Es la luz del mundo, y quien le sigue no anda en tinieblas. Ahora bien; nada hay más puro que la sabiduría, la verdad y la luz, y todo esto es nuestro amadísimo Jesús, y Él es quien derrama sobre el mundo los tesoros de su pureza divina. "Dios prometió á su siervo David—dice el Eclesiástico—que había de nacer de él el Rey fortísimo, que se sentaría sobre un Trono de gloria para siempre.„ Y ese Rey, Jesucristo nuestro Señor, rebosa en sabiduría y lo inunda todo de inteligencia, y derrama la ciencia como la luz, y la luz de su doctrina con que á todos alumbra, es como la luz de la aurora, y penetra las partes más profundas de la tierra é ilumina á todos los que esperan en el Señor (1).

Luz, verdad, sabiduría; todo esto es para nosotros Jesucristo; quiere decir, pureza santísima de nuestras almas; porque su luz disipa las tinieblas de todos los errores, nos descubre en sí mismo la verdad y nos adorna y embellece con la luz de su gracia, siendo de esta suerte para nuestras almas fruto de salud eterna y árbol de la vida.

Jesucristo nos inspira el desprecio de las riquezas, de los honores y de los otros falsos bienes de esta vida con sus ejemplos y su enseñanza divina. Amó la pobreza, y se hizo pobre para enriquecernos con ella. "Las raposas—dijo Él mismo—tienen madrigueras, y las aves

(1) Eccles., XXIV.

del cielo, nidos; mas el Hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza„ (1). Dijo también su Majestad: "No queráis amontonar para vosotros tesoros sobre la tierra, donde el orín y la polilla los consume, y donde los ladrones los desentierran y los roban; atesorad más bien en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuman, ni ladrones que los desentierren y los roben„ (2).

Preguntaba un joven al divino Maestro qué obras debía practicar para conseguir la vida eterna. Jesús le contestó: "Si quieres entrar en la vida guarda los Mandamientos.„ Y después añadió estas palabras: "Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Ven después y sígueme„ (3). Jesús no se contentaba con esto; quería además que tuviésemos desprendido el corazón de todos los bienes y afectos de la tierra, y llamó bienaventurados á los pobres de espíritu, asegurando que de ellos es el Reino de los cielos.

Bellísima y sublime es la doctrina del divino Maestro, y la razón humana tiene que admirarla. Ved á un hombre que abunda en riquezas: ¿cuáles son los sentimientos que le animan, atendiendo á lo que generalmente sucede? Ama esas riquezas y se ocupa en conser-

(1) Math., VIII, 20.
(2) Matth., VI, 20.
(3) Idem, XIX, 16-21.

varlas; desea que aumenten, teme perderlas, y si á esto reduce sus pensamientos y deseos, sin duda alguna degrada la nobleza de su ser, y en nada tiene la elevación de sus destinos. Las riquezas engendrarán la avaricia, y de piedra volverán el corazón del hombre. Veamos ahora lo que acerca del avaro y de la avaricia nos dice la Escritura divina: "El camino que siguen todos los avarientos, lleva arrebatadamente sus almas á la perdición. El Rey justo hace felices sus Estados, el avariento los arruina„ (1). "No hay cosamás detestable que un avaro„ (2). "La avaricia es una idolatría. La raíz de todos los males es la avaricia; de la cual, arrastrados algunos, se desviaron de la fe y se sujetaron ellos mismos á muchas penas y aflicciones„ (3).

El desprecio de los bienes temporales sabe inspirarnos los más elevados pensamientos, y despierta generosos y nobilísimos deseos en nuestras almas: el Bien sumo, el que es la eterna verdad, la inteligencia suprema; he allí el gran objeto de nuestros pensamientos. El amor que nunca muere, bellísimo y perfecto, inagotable manantial de toda dicha; he allí por quien suspira el alma que, despreciando todas las cosas de la tierra, se ha podido elevar sobre sí misma; en una palabra, la verdad que no engaña y el bien que nunca muere. He aquí la

(1) Prov., I, 19; XXIX, 4.
(2) Eccles., X, 9.
(3) Colos., III, 5; I Thim., VI, 10.

grandeza, la sabiduría profunda y admirable que contiene la enseñanza de Jesucristo, enseñanza que bien nos descubre su origen celestial, precioso y delicado fruto del árbol de la vida.

Amemos la pobreza. ¡Oh, cuán hermoso es el amor de esta santa virtud! Si no tuviésemos otro motivo de amarla, nos bastaría el amor que la tuvo Jesús. Pobre fué nuestro amadísimo Señor, y al serlo, honró la pobreza y quiso enriquecerla con todos los tesoros de los cielos, y la adornó de belleza y encanto; fué su compañera inseparable; nació con ella y murió entre sus brazos, pobre y desnudo en una Cruz.

Si abundamos en bienes de fortuna, no olvidemos estas palabras de David: "Si tenéis riquezas, no pongáis en ellas vuestro corazón„ (1). Y estas otras del Eclesiástico: "Quien es misericordioso, da prestado á su prójimo, y el que tiene la mano abierta para dar. observa los Mandamientos del Señor... Socorre al pobre, y en su necesidad no le despidas con las manos vacías. Pierde el dinero por amor de tu hermano y de tu amigo, y no lo escondas debajo de una losa para que se pierda. Emplea tu riqueza según los preceptos del Altísimo, y esto te valdrá más que el oro. Introduce la limosna en el seno del pobre, y ella rogará por ti para librarte de toda suerte de males, y peleará

(1) Psalm. LXI, 11.

contra tu enemigo harto mejor que el escudo y la lanza de un campeón„ (1).

Si somos pobres, utilicemos santamente la pobreza en que vivimos. Que la resignación y la dulzura, la bendición y acción de gracias á Dios nuestro Señor, nos acompañen en todas nuestras aflicciones para poder decir con el Apóstol: "He aprendido á contentarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y en abundancia; todo lo he probado y estoy hecho á todo; á tener hartura y á sufrir hambre; á tener abundancia y á padecer necesidad; todo lo puedo en aquél que me conforta„ (2). Pero el mayor consuelo que podemos tener en la pobreza, consuelo en verdad incomparable, es el que nos suministran las siguientes palabras de Santiago: "Oid, hermanos míos muy amados: ¿no es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido á los que le aman? (3).

La pureza y el desprecio de los bienes terrenos. Si contemplamos desde estos puntos de vista al santísimo Corazón de nuestro amado Jesús, su encantadora y celestial belleza suspenderá nuestras miradas, y casi sin ser dueños de nosotros mismos, volaremos hacia El, á fin de descubrir con mayor claridad esa hermosura que cautiva á los ángeles del cielo y que inunda

(1) XXIX, 1, 12-18.
(2) Philip., IV, 11-13.
(3) II, 5.

en delicias divinas nuestras almas. Bellísima es la luz con que se digna alumbrarnos la pureza del incomparable amor de Jesucristo. No hay en El ninguna mancha; inmaculado y santísimo, resplandece con el candor de la inocencia; todo en El es santo, elevadísimo y perfecto; sus sentimientos y deseos y cuanto hay en El lleno está de Dios, porque es el Corazón del Verbo del Padre. Jacob, en otro tiempo, se acercó al anciano Isaac para obtener su bendición; Isaac, al percibir la fragancia de los vestidos de Jacob, bendiciéndole, dijo: "El olor que trasciende, de mi hilo, es como el de un campo florido que bendijo el Señor„ (1). También nosotros, como lo hizo Jacob, nos acercamos á nuestro dulce y amoroso Padre, el buen Jesús, á fin de obtener su bendición, mas ¡ay! que El no percibirá ningún aroma que exhalen nuestras virtudes, porque ¿en dónde están éstas? No nos presentamos delante de Jesús cargados de méritos, sino de necesidades y miserias; y sin embargo de esto, lo hacemos llenos de confianza, porque su bondad es infinita y derramará sobre nosotros la suavísima fragancia de su pureza. El nombre de nuestro amado Señor, es bálsamo derramado, y su Corazón dulcísimo, fuente inagotable de toda virtud y santidad.

El Corazón de Jesucristo despreció las riquezas, los honores y los falsos bienes de esta vida. Superior á todos ellos, amaba la verdad y el

(1) Gen., XXVII, 27.

sumo bien; la dulce paz de su alma, sus riquezas, y todas sus delicias, cifradas las tenía en la gloria del Padre celestial. No vive el Corazón de Jesucristo para buscar su propia gloria, sino la de aquél que le ha enviado, y busca también la salvación de los hombres sus hermanos. Ante estos grandes objetos que le ocupan y que llenan su vida mortal, nada son las grandezas, los honores y las afecciones más puras é inocentes del corazón. Su Reino no es de este mundo, y si algunos tratan de hacerle Rey, El tendrá que huir. Nada posee sobre la tierra; pobre nació en la gruta de Belén, y pobre morirá en la montaña del Calvario. Si cuando predica al pueblo, llegan su Madre y sus hermanos queriéndole hablar, y alguno le dice que preguntan por El su Madre y sus hermanos, Jesús contestará: "¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?„ Y señalando á sus discípulos, dirá: "Estos son mi Madre y mis hermanos, porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi Madre (1). ¡Admirable desprendimiento; consagración la más sublime y perfecta que podemos pensar á la gloria del divino Padre! He allí la generosidad, y la grandeza, y la actividad, y los nobles esfuerzos, y el trabajo incesante del Corazón de Jesucristo por la honra de su Padre. Ningún sacrificio podrá detenerle, ni el desaliento le hará desfallecer;

(1) Matth., XII, 46-50

es todo de su Padre, y todo lo renuncia por la gloria de ese mismo Padre.

Hay en el Corazón de Jesucristo, sin embargo de lo que acaba de decirse, un afecto al que no ha renunciado, y es el amor que nos tiene "Al modo que mi Padre me amó, así os he amado yo. Perseverad en mi amor„ (1). Así nos amó nuestro Señor dulcísimo en la noche de la última Cena. Ahora bien: si todo lo ha renunciado el buen Jesús por nosotros, reservando solamente el amor de nuestros corazones, ¿dejaremos de ponerlos en sus divinas manos, ó seremos de otro alguno que de Jesucristo? ¿Y quién tiene sobre nosotros, para que seamos suyos, los derechos que tiene Jesucristo? ¿Hay por ventura, en los cielos ó en la tierra, quien como El, nos haya amado, sacrificando su vida por salvarnos? Y su amor y su ternura exceden sin medida alguna á los que puedan tenernos las criaturas. Nos ama el buen Jesús con el más profundo y generoso de todos los amores, amor de sacrificio, amor constante, invencible y lleno de soberana fortaleza, amor dulcísimo que jamás nos llega á contristar, sino antes bien, en las aflicciones y amarguras de la vida, es bálsamo de suavidad y de consuelo; en nuestras debilidades, nos sostiene con el auxilio de su gracia; en las tinieblas, es luz clarísima que nos hace ver la hermosura de los cielos, y en las tempestades y borrascas que sufre nuestro

(1) Joann., XV, 8.

espíritu, nos da la paz y la bonanza. El es, en fin, todo nuestro bien. Nos pide el corazón, y nosotros se lo damos con todo nuestro afecto; El es, y siempre ha de ser, contando con su gracia, el único amor de nuestras almas.

II

El amor de Jesucristo; he ahí el único bien verdadero donde hallan descanso nuestras almas; inagotable y caudalosa, fuente de nuestra dicha, por esto ese dulcísimo Señor, que tanto se interesa por nosotros, una y otra vez nos llama á su santo amor, y abierto tiene su Corazón dulcísimo para recibirnos en ese santuario de la paz y del consuelo, de la felicidad y de la gloria. "Venid conmigo á un lugar solitario—decía á sus discípulos,—y reposad un poco„ (1). Entremos, pues, en su santo Corazón; que será como un lugar solitario, porque no irán con nosotros las inquietudes de las pasiones ni los deseos de los bienes temporales. Jesús, he ahí todo nuestro bien, el único deseo de nuestras almas, mas para que esto sea así, es indispensable que estemos en ese Corazón sagrado, como estaba la Magdalena á los pies del Señor, escuchando su divina Palabra. No atendía á otra cosa, y por esto, cuando su hermana dijo á Jesús: "¿No ves, Señor, que

(1) Marc., VI, 31.